

# LOS BUENOS Y LOS MALOS

Miguel Angel López Vélez / Escuela de Arquitectura

*a María Encarnación*

Somos tres buenos amigos que vivimos muy felices. Habitamos un planeta de distinta concepción de los conocidos. En nuestro planeta, la característica fundamental que nos diferencia de los demás es el sexo. No tenemos sexo, lo cual nos permite entregarnos a una actividad intelectual sin menoscabo de ninguna pasión retrógrada. La procreación está a cargo exclusivamente de los animales. El producto recién formado se somete a un período de adaptación social, en el cual se condiciona al individuo mediante una serie de estímulos externos programados por un centro de control. Pasado este período, que dura unos seis o siete años, hay un nuevo ser dispuesto a vivir de una actividad intelectual cualesquiera, siempre y cuando se interaccione con el momento histórico.

No hace mucho tiempo un niño de apenas nueve años, se dedicó a la fabricación de androides hermafroditas (mente masculina y físico femenino); él argüía que eran necesarios para compensar la actividad intelectual con la actividad visual, ya que estábamos a punto de romper el equilibrio. Todos se mostraban escépticos al respecto y como argumento en contra se le decía que sí había equilibrio en nosotros, sin peligro de romperse; que el único peligro inminente que podría provocar un resquebrajamiento en el equilibrio visual e intelectual era la creación de androides hermafroditas, con los que se daría rienda suelta a los falsos sentimientos, producto de la vanidad y el

egoísmo, y se vendría abajo la evolución alcanzada con respecto a los demás planetas del sistema. Se discutió muchos años. En ese transcurrir de tiempo el niño creció, y al crecer abandonó sus instintos de rebajar la pasión intelectual a un mero juego entre los sentidos y el espíritu; desistió cabalmente y se dedicó a comerciante. Y fue en esa actividad donde descubrió su verdadera capacidad de intelectualizar sobre los objetos que vendía y, aún más, a presentar los objetos con los que comerciaba como el método de una sublime congregación social. Tuvo mucho éxito y progreso, y no pasado mucho tiempo llegó a establecer un gran almacén de infinidad de artículos. El mismo diseño del edificio obedecía a un razonamiento, de tal modo que los ascensores formasen laberintos, para producir en los visitantes una actividad mental retroactiva, con el fin de incrementar el sistema comercial interno del almacén. Casi siempre triunfaba sobre los visitantes. Su capacidad intelectual tenía una flexibilidad de tal grado que, si no convencía, embaucaba; logrando con ello el prestigio del intelectual más práctico del planeta Heras. Tanto demostraba su capacidad que, incluso, a los mejores ladrones del planeta lograba vencerlos. Nada podía detenerlo. Los intelectuales lógicos iban frecuentemente en un afán de descubrir la clave de operación de tal sistema, pero nunca lo lograban y siempre se veían obligados a salir con enormes bultos. Todos sabíamos, o intuíamos, que habían sido



sus ideas de niño las que habían influido en tal sistema intelectual de ventas; asimismo, muchos, o mejor dicho, todos, ignorábamos cuál había sido el paradero de los androides hermafroditas, un tanto imperfectos, que construyera en su niñez. Hay quien aseguraba que tenía a varios colocados estratégicamente, bien disfrazados, dentro del almacén, de modo que sin que los asistentes lo notaran, ejercían una notable influencia sobre ellos, obligándolos a comprar. Esto, obviamente, no era leal; ya que la actividad intelectual estaba mediatizada en este caso, por el magnetismo de los androides hermafroditas.

Por estas razones, mis amigos y yo; que no hacíamos otra cosa que intelectualizar sobre la desintelectualización de los demás, decidimos entregarnos a la tarea ardua, de poner al descubierto el sistema por medio del cual operaba el más grande almacén del planeta Heras. Los demás habitantes del planeta nos llamaban los intelectuales inútiles; ya que nuestra actividad a nadie interesaba, porque a nadie le estremecían nuestros conceptos. Pero eso no era motivo suficiente para distanciarnos de la comunidad; permanecíamos más cerca que otros.

En la primera oportunidad que nos dirigimos al almacén del planeta, imaginamos un plan de ataque (como un juego de ajedrez): mover una ficha, esperando el movimiento del contrario según su muy natural afición. Y después, ¡ya!, el golpe certero. Lo importante no es el fin por el fin; sino el fin por los medios. Al llegar al almacén nos dividimos, tal y como estaba planeado. Mis amigos entraron a uno de los pisos y yo les esperé. Pasaron los primeros minutos y salió el primero de mis amigos, el cual me entregó un pequeño envoltorio, el segundo, por igual; volvió a salir el primero a darme un envoltorio mayor, el segundo, también. La operación mecánica y sincrónica se repitió a lo largo de toda la tarde hasta que llegó la hora de abandonar el almacén tal y como lo teníamos planeado. Cuando estuvimos lejos del almacén nos detuvimos a cuantificar los objetos robados. Eran muchos y reímos de que, por esta ocasión, habíamos logrado ser más inteligentes que los dependientes del almacén; aunque, si bien es cierto, había resultado tal y como lo deseábamos, ya que logramos despertar la sospecha entre varios dependientes con nuestra actitud misteriosa y rebuscada. Todo marchaba bien. Al día siguiente volveríamos

y, entonces sí, pondríamos en alerta a todo el personal del almacén y, lo más difícil, tendríamos que vencerlos nuevamente, para lograr al tercer día el primer objetivo de nuestro plan de ataque. Así fue. La imaginación siempre debe estar en posibilidad de sobrepasar a la misma inteligencia. Lo logramos, al tercer día entramos los tres en el almacén; de inmediato nos dimos cuenta que, al menos por ese día, éramos la atracción de los dependientes del almacén, que nos seguían a donde quiera que íbamos, esperando que repitiéramos los robos anteriores para pillarlos y declararnos "rateros, vencidos por la inteligencia del sistema". Pero no habríamos de caer por el lado que ellos quisieran, sino por el contrario; debían caer por el lado que nosotros quisiéramos. Entramos en los ascensores y fue así, como pusimos en práctica la siguiente parte del plan: Jugar en los ascensores; usar el juego de ellos, aprovecharnos de todos sus sistemas de defensa, pero ahora tomándolos como un sistema de ataque. Nos movíamos separados en los laberintos de los ascensores. Los dependientes trataban de situarnos, de perseguirnos, de agruparnos, de no perdernos de vista. Estaban cayendo en el juego. . . De aquel inocente correteo en el que ellos esperaban que les diéramos el gran golpe, cuidaban los objetos de venta en la tienda y descuidaban los que no estaban en venta, por ejemplo sus objetos personales: Carteras con fichas de compra, cintas de programación indispensables para el desarrollo cotidiano de su existencia, transmutadores y algunas cosas más. Vaya que si logramos bien nuestro objetivo, cómo reímos esa tarde. Estábamos demostrando que la inteligencia lo único que necesita para expresarse es un motivo en que aplicarse. Supongo que a ellos no les hizo gracia el que les hayamos hecho tantas cosas tendientes a destruir su sistema de ventas. Y me imagino que al día siguiente estaban dispuestos a aprehendernos a como diera lugar, y que por lo tanto estarían esperándonos; pero también estaba planeado que los siguientes días no iríamos al almacén para crear en ellos mismos un sistema de autodefensa, o sea, hacerlos permanecer en tal estado de tensión durante varios días hasta hacerlos caer en un extremo de debilitación imaginativa, cosa que aprovecharíamos para entrar, buscar y encontrar lo que deseábamos: androides hermafroditas y tal vez algunas



cosas más que por el momento desconocíamos, pero que estábamos seguros de que existían, como una gran cabeza que organizara todo desde el centro. Ya que las mentes de todos los habitantes del planeta, teníamos un control que eliminaba los sentimientos de fraude a hipocresía, para permitir que nos enfrentáramos en igualdad de condiciones intelectuales. Según nuestro plan, debían transcurrir siete días antes de volver al gran almacén. Mientras tanto discutíamos nuestro próximo plan de acción. En realidad, cualquier conjetura era aventurada. Al séptimo día de espera nos acicalamos perfectamente y partimos hacia el gran almacén. Al llegar, se comentó nuestra presencia, pero nadie osó decirnos algo o reprocharnos nada. Alguien, que parecía ser un directivo, se nos acercó cortésmente y nos invitó a hablar con el director general; aquel tipo que de niño fabricara androides hermafroditas; aceptamos porque era una de las posibles etapas de realización de nuestro plan. Fuimos conducidos ceremoniosamente, por un ascensor laberíntico que desconocíamos, y llegamos a un lugar en donde había animales no muy parecidos a los de nuestro planeta, aunque sí nos eran identificables; había árboles, los cuales tampoco existían en nuestro planeta; y los androides. Allí estaban los androides hermafroditas, vestidos de una forma nada común: lienzos de tela brillante uncidos a las delgadas piernas, cubriendo la cadera una faldilla plisada, por cinto una franja de metal dorado, el corpiño de tela translúcida que dejaba notar unos voluminosos pechos: el pelo muy largo y los rostros muy bonitos pero muy frágiles. Una voz melodiosa y fuerte nos llamó la atención.

— Es lo que buscan, ¿o no?

— Sí, sí, claro.

Estábamos total y visiblemente trastornados.

— Han demostrado ser muy inteligentes; el sarcasmo de sus operaciones me ha dejado pasmado, y es la razón por la que

he decidido invitarlos a formar parte de la sociedad rectora del gran almacén del planeta Heras. Por esto los he recibido en este lugar, para que descubrieran lo que querían descubrir; y lo hago sin temor, porque estoy seguro que, como las personas más inteligentes del planeta Heras, sabrán aprovechar la oportunidad que les ofrezco.

Verdaderamente nos sentíamos cautivados en ese lugar; los androides nos magnetizaban embelesándonos.

— Sí, sí. . . estamos conscientes de ello.

Tal vez un error de nuestro plan era no haber considerado tal posibilidad de encuentro y, sobre todo, en tales circunstancias. Habíamos caído en nuestra propia trampa, pero al mismo tiempo nos ofrecían no tomarla en cuenta siempre y cuando nos asociáramos a la organización. Pensamos por un momento que al decir sí, no nos comprometeríamos y dimos el sí; aceptando participar en lo sucesivo en la organización, la cual, había que reconocerlo, estaba muy bien planeada. El recibió con agrado nuestra aceptación, y con una amplia sonrisa nos llevó por un camino oscuro y delgado hasta llegar a una puerta de color café. Antes de entrar, nos dijo solemnemente.

— Nos hemos desequilibrado entre lo visual y lo intelectual, la organización de este sistema pretende ser la compensación. Van a conocer a la verdadera cabeza de la organización; al mismo tiempo, al ser presentados aceptarán la participación dentro del sistema del almacén y recibirán los medios para ejercer tal poder.

Asentimos con la cabeza y se abrió la puerta: de un manzano se descolgó una gran serpiente con una sonrisa maliciosa; no nos conmovió, aunque las desconocíamos en el planeta Heras; pero tuvimos la sensación de que empezaba a metérsenos por la cabeza y que nos descendía por la caja torácica y que comenzaba a salirnos por debajo del ombligo. Nos miramos abajo del ombligo y la serpiente sonreía socarronamente. Habían triunfado.

